

Mario hojea sus libros de filosofía.

Últimamente se sentía inspirado para escribir cualquier cosa que su director de tesis le pidiese para publicarla donde fuese.

Sin duda la crisis mundial le estaba favoreciendo al poner en evidencia el sistema capitalista.

Al final se hacía patente que este macrosistema económico, basado en el librecambismo, estaba abriendo una brecha en la sociedad que a él le permitía escribir cuantos artículos desease.

Respiraba hondo, aspiraba el frescor del aire de Ciempozuelos, y se ponía de nuevo a trabajar.

Escribía como si una especie de inspiración divina le dictase aquello que debía decir. Su cerebro recibía la información como si en su disco duro, a través de años y años de aprendizaje, se hubiera grabado todo aquello que ahora él no hacía más que pasar a un procesador de texto.

Se notaba fuerte y poderoso como debían haberse sentido en su momento sus ídolos y maestros.

Era como si todos ellos se hubieran aliado, conectándose entre sí a través de su pensamiento, y finalmente hubiera llegado el momento de sacar a la luz sus obras con el fin de esclarecer a la humanidad.

¿Quién había dejado de creer en el marxismo?, se preguntaba.

Nadie, y menos ahora, se respondía.

El único problema es que nos encontramos divididos, y no saldremos de este atolladero mientras no consigamos uniros, aunque precisamente de lo que trata el poder es de aislarnos.

Entonces, nostálgico, recordaba a su ex novia Mireya.

Ella tocaba el violín.

Concentrándose, podía aún escuchar la melodía del final de La lista de Schindler y luego sentir sus manos acariciándole.

Todavía se le erizaba la piel al recordarlo.

Cerró los ojos añorando la suavidad de sus labios, tratando de rememorar en vano el olor de sus cabellos recién lavados.

Se pasaban tardes enteras en su habitación.

Para ella sólo existían él y la música.

Para él la filosofía y ella, sin embargo...

No debía pensar en lo que había sucedido porque le hacía sufrir y le impedía trabajar. Spinoza, monismo y determinismo, eso es lo único que ahora ha de guiar mi razón, se decía.

Y así pasaban las horas de aquella noche de mayo hasta que los cantos de los pájaros le sacaron de su ensoñación.

El fin de las ideologías, me río yo.

Era como si el propio Marx se encontrara a sus espaldas insuflándole fuerza y valor.

Su vida tenía un sentido, y era el de luchar por el porvenir de una ilusión.

Los párpados le pesaban, pero no quería irse a dormir.

Le gustaría permanecer siempre rodeado de sus libros de filosofía y que de ellos brotaran todas aquellas cosas de las que su cuerpo y mente tuvieran necesidad.

Ahora le gustaría que Mireya entrara en su cuarto.

Miraba hacia la puerta, y al ver que no se abría, coge un libro y comienza a hojearlo deteniéndose en una frase que había subrayado en algún momento: "El progreso social puede ser medido por la posición social del sexo femenino".

Mario consulta la hora en el móvil.

Necesitaba saberla constantemente, como si se encontrara impaciente por algo que iba a suceder; y es que tenía la sensación de aquel domingo podría llegar a convertirse en uno de los más importantes de su vida.

A través de las redes sociales, al igual que había sucedido en las revoluciones del mundo árabe, miles de jóvenes indignados por la apatía de la clase política se habían unido frente al gran enemigo común: el liberalismo económico.

Al fin había llegado el momento de ver hasta donde la fuerza ciudadana podía llegar. Por eso no podía conciliar el sueño, ya que de aquel movimiento dependía el futuro de la clase obrera española.

La cuestión era que la verdadera ideología de izquierdas que tenían los partidos socialistas fundados en el siglo XIX se había ido perdiendo con el discurrir del tiempo, que todo, excepto el amor verdadero, termina demoliendo.

Precisamente por eso se encontraba tan optimista y excitado.

Se diría que iba a encontrarse con su amada, aunque en esta ocasión ésta era la humanidad.

Él, como el fundador de L'Humanité, un mártir asesinado por tratar de impedir como político la primera guerra mundial, conocía bien los orígenes del socialismo, los cuales se encontraban en la filosofía de Lutero, Fichte, Kant y Hegel.

En cuanto a Marx, su primer paso había sido el de demostrar el ateísmo del filósofo Epicuro, y luego se había trasladado a París, cómo no, cuna de todo pensamiento revolucionario en materia de igualdad social.

Allí había conocido a Engels, alemán como él, y de esta unión había nacido el materialismo económico, una ciencia capaz de garantizar la paz universal y la justicia social.

En aquel gran momento histórico las mentes más brillantes de Francia y de Alemania se encontraban unidas y a la cabeza de una máquina capaz de producir seres humanos plenamente felices.

Se trataba de una ciencia, no de un ideal como el cristianismo.

Aunque su amigo Ángel, más bien un conocido de la facultad, ya que se encontraban siempre en la biblioteca por las mañanas porque eran los primeros en llegar, y a raíz de esos encuentros se pasaban largo tiempo charlando; mantenía que el cristianismo era el hermano mayor del comunismo.

Al parecer había leído una historia de la vida de Jesús escrita por Hegel que le llevaba a afirmarlo, y aseguraba también que el origen de la tragedia cristiana y de la comunista había sido de la misma índole.

Decía que si bien la tiranía católica había tardado algunos siglos en instaurarse, la comunista lo había logrado con mayor facilidad al seguir el mismo patrón, el del patriarcado alienante de origen grecorromano que se nutría económicamente de soldados y esclavos.

Ángel era feminista, además de gay, y en eso no coincidían; sino tan sólo en el hecho de no cesar ni por un momento de trabajar.

Se podría decir que tenía ideas verdaderamente disparatadas.

Mantenía que un obispo de Hispania, que había ido a protestar ante el emperador romano por los errores de interpretación del nuevo testamento cometidos por el poder eclesiástico, habiendo sido ejecutado en Tréveris, podría haberse reencarnado en el autor de El capital.

También aseveraba que la catedral de Santiago de Compostela había sido construída sobre los restos mortales del tal Prisciliano.

Por cierto, hoy he quedado con él, recuerda mirando qué hora es.

Mario, sentado frente a su mesa de trabajo, comienza a ser vencido por el sueño. Entonces, aunque aquello nada tenía que ver con Marx, decidió enviarle a Mireya un mensaje con la excusa de preguntarle si iba a asistir a la manifestación que tendría lugar ese mismo día dentro de doce horas.

A pesar de que era demasiado pronto y la respuesta no llegaría inmediatamente, sentía como si el hecho de haber realizado esa acción le permitiera irse a dormir tranquilo. Ella le había abandonado, traicionándole con su mejor amigo.

Sin embargo, quizá Ángel tenía razón, y detrás de aquel gesto podría esconderse una especie de protesta por alguna afrenta causada previamente.

Las mujeres para él, puesto que no tenía hermanas y ni tan siquiera ninguna prima, representaban una especie de enigma, una interrogación con curvas sinuosas y un punto crucial, el sexo.

Su padre precisamente trabajaba con mujeres, o mejor dicho para mujeres, ya que era psiquiatra.

Su clientela estaba prácticamente constituída por chicas anoréxicas enviadas a la consulta por sus padres, o amas de casa deprimidas.

Al parecer era un buen profesional, ya que tenía siempre la consulta llena.

De joven se había venido de Perú porque a través de un amigo había conseguido un trabajo en Ciempozuelos, en el psiquiátrico San Juan de Dios.

Allí había pasado muchos años antes de montar la consulta privada.

Su madre había fallecido hacía diez años, y dos años más tarde su padre había comenzado a convivir con una mujer mucho más joven.

Las relaciones entre sus padres las recordaba tensas, aunque al haberse acostumbrado a ello, le parecía de lo más normal.

La imagen que guardaba de su madre, tras quince años de convivencia, era la de una sirvienta, siempre limpiando y cocinando del mismo modo que ahora lo hacía su madrastra.

A él le gustaría comprender el feminismo, pero consideraba a las feministas mujeres mucho más amargadas que el resto, además de feas, por las cuales no sentía la mínima simpatía.

En el fondo le dolía pensar así, e incluso se avergonzaba, tratando de ocultarlo.

Y es que sólo de considerar la posibilidad de una igualdad a lo Simone de Beauvoir, algo se revolvía en su interior, como si el hecho de imaginar que las mujeres pudieran llegar a masculinizarse le pareciera una monstruosidad.

Por ese motivo dejaba de lado el tema, ya que creía que si nunca a lo largo de la historia había sido así, por qué habría de cambiar precisamente ahora.

Al parecer incluso las propias feministas se estaban arrepintiendo de haber concebido esa infértil posibilidad, lo cual había dado origen al llamado feminismo de la diferencia, del que tan sólo sabía de oídas a través de una compañera de la facultad que estaba haciendo su tesis sobre Julia Kristeva.

Incluso veía, aunque esto nunca se lo había confesado ni siquiera a su mejor amigo, a las mujeres que estudiaban filosofía demasiado agresivas y poco deseables en comparación con el resto.

Mireya, sin embargo, era femenina hasta la saciedad, y por eso le volvía loco de deseo.

Con su pelo trigueño, sus ojos verdes y su piel tan blanca...

Tenía unos pechos perfectos, ni grandes ni pequeños.

Verlos, acariciarlos y besarlos suponía el sùmmum del placer.

Ahora eran amigos, aunque en el fondo sentía como si aquella amistad fuera interesada, o al menos por su parte.

Entonces, acompañado por su recuerdo, se admite derrotado por el cansancio.

Mario es perseguido por una bruja a través de espacios tenebrosos.

Se trataba de un sueño recurrente que arruinaba sus noches de forma habitual desde la muerte de su madre.

Una mañana que se encontraba en la biblioteca de la facultad a primera hora de la mañana, como de costumbre, al verle Ángel tan abatido, le había preguntado por el motivo.

Aunque no acostumbraba a tratar de temas personales con sus compañeros, le había contado su maldita pesadilla.

A medida que se la describía, sus ojos se iban iluminando.

Al instante se arrepintió de haber compartido sus temores con alguien, como si aquello hubiera supuesto una debilidad.

Él le había hablado de un poeta austríaco amigo de Wittgenstein y de sus ideas sobre el simbolismo de los colores.

Según ese autor que él desconocía, aunque pudiera parecer incongruente, el blanco no simbolizaba la pureza, sino la muerte.

Aquella idea le había parecido absurda pues precisamente con él se vestían las novias, las cuales representaban la vida.

Entonces le había hecho interrogarse por el sentido de la filosofía wittgensteiniana, advirtiéndole que podría encontrar en su obra grandes paralelismos con Spinoza e incluso con Kant.

Para él el problema consistía en temer a las brujas, cuando en realidad podrían representar el bien.

Estaba claro que se trataba de un feminista redomado para pensar así.

En esa cuestión nunca lograban ponerse de acuerdo.

Incluso afirmaba que la caza de brujas, llevada a cabo en la Edad Media, había sido una conspiración entre la iglesia y sus universidades para deshacerse de los saberes curativos femeninos, y apartarlas como posibles competidoras frente a los médicos diplomados.

Pero sin duda la disputa más grande la habían tenido por culpa de la mujer que ofreció a Althusser su amor y sus ideas durante más de treinta años.

Al final había aprendido su apellido, Rytman, porque Ángel insistía en repetirlo en lugar de referirse a ella como su mujer, especialmente tras haberla asesinado.

A pesar de ese desgraciado incidente, se trataba de su pensador favorito, y no por ello dejaría de serlo.

La complejidad estructuralista que entrañaba su obra le maravillaba, pues era de los que opinaba que el lenguaje filosófico, cuanto más hermético, mejor.

Mientras que los pensadores como Sartre, que incluían en sus obras referencias literarias, como para ablandarlos, le parecían de segunda, pues consideraba la emoción y la belleza cosa de mujeres, no de filósofos.

Pero lo más absurdo que le había escuchado decir a Ángel era que quizás ni la primera ni la segunda guerra mundial hubieran tenido lugar sin que Marx hubiera proporcionado al capitalismo un verdadero manual de instrucciones sobre la explotación del proletariado.

Incluso mantenía que por su culpa, la nación rusa había llegado a convertirse en una gran legión de soldados, al igual que China de esclavos.

Y respecto a la caza de brujas, arguía que en la ignorancia actual de los saberes curativos femeninos radicaban todas las enfermedades que asolaban a la humanidad, especialmente las psicológicas.

Entonces, dormido, se plantea que a lo mejor debería dejar de correr y enfrentarse a la bruja a pesar del pánico que le produce.

Mario bebe su café azucarado mientras un sabor amargo le embargaba el alma. Aunque para él, como materialista que era, tendría que tratarse de la mente. Aquello tenía que ver con Mireya, estaba claro, porque antes de irse a dormir le había enviado un mensaje, al cual no había respondido. Para colmo había tenido que soportar el mal humor de su madrastra nada más levantarse, siempre quejándose por todo. ¡Qué bruja!, se dijo. Entonces recordó que precisamente una le había perseguido en sueños aquella noche. Al final, siguiendo el consejo de Ángel, había dejado de huir y se había vuelto a preguntarle qué quería de él. Aquella mujer fea y vieja se había limitado a llorar desconsolada, balbuceando entre sollozos palabras inconexas. No hubo forma de sacar nada en limpio. Había perdido el miedo, aunque mirarla a la cara le había producido repugnancia, pues le recordaba a una fruta podrida. ¿Y si a todas las mujeres les sucedía algo similar? Si cuando eran jóvenes todos los hombres las deseaban y luego, con el transcurrir del tiempo, empezaban a despreciarlas, haciéndolas sentirse tan desgraciadas que acababan por convertirse en brujas malvadas. Tenía sentido. Casualmente hacía no mucho que había leído el libro de Bruno Bettelheim sobre el psicoanálisis de los cuentos de hadas. Ángel mantenía que tan solo el amor verdadero garantizaba el respeto hacia las mujeres en el transcurso del tiempo, pero que la sociedad primaba el interés sexual, especialmente a través de su prohibición, luego exaltación. ¿Podría ser que por Mireya hubiese sentido tan sólo deseo y que todavía fuese virgen del amor? El ejemplo que había visto en su propia casa tampoco resultaba demasiado alentador. Entonces se decidió a dar el paso y le pidió a su madrastra, la bruja en la realidad, que se sentara a su lado a tomar un café. Ésta, con la escoba en la mano, cómo no, pareció verdaderamente sorprendida. Lo primero que hizo fue tratar de arreglarse torpemente las greñas. Sacudió instintivamente el delantal y, tras permanecer un momento paralizada, como sin saber qué hacer, se lo quitó. Luego sonrió tímidamente, y hasta coqueta. Aquello le produjo repugnancia. La sensación de encontrarse en contacto con una fruta podrida estaba a punto de hacerle arrepentirse de su determinación de comportarse de un modo más humano con un ser al que siempre había considerado una especie de esclava o inferior. Pero la culpa era suya, pues era ella la que ofrecía esa horrible imagen a los demás. Seguro que a su padre le hubiera gustado una esposa más alegre, vivaz y culta; aunque tampoco había tantas mujeres así, y menos de su edad. A decir verdad, su propia madre, que algo había estudiado, también había terminado convertida en una sierva del hogar. ¿Y si la verdadera revolución se encontrara en acercarnos los hombres a las mujeres, la mitad de la humanidad a la otra mitad? ¿Y si el yo dividido del que hablaba Freud procedía precisamente de ahí? Entonces bebe un trago de café, y a punto ha estado de escupirlo, pues aquella mujer le produce náuseas.

Mario sonríe arrogante ante el espejo, listo para acudir a la manifestación convocada para esa tarde a través de Facebook y Twitter.

Animado siempre por su padre, que en vez de quedarse en psiquiatra hubiera querido llegar a profesor de universidad, estaba acostumbrado a monolar, y como cada día se preparaba mentalmente para ello.

Cierto que Platón proponía lo contrario, pero en realidad el discurso filosófico no admitía réplica alguna.

Uno llenaba sus exposiciones de palabras altisonantes, se hinchaba como un pavo, y comenzaba a disertar.

Las cosas funcionaban así.

De hecho sus profesores le invitaban a ello y le aplaudían ufanos.

Se trataba de una especie de pulso mental con el auditorio, o incluso de un combate de boxeo a través de la palabra.

Para triunfar, que era de lo que en todos los ámbitos se trataba, había que emplear ases verbales.

Para eso su padre le había regalado al empezar la carrera un libro con toda la terminología filosófica, pues afirmaba que al igual que en su trabajo, aquellas serían sus útiles herramientas.

Decía que el psicoanálisis, como ciencia, no servía para nada, pero como instrumento de dominación resultaba infalible.

Tenía la teoría de que la gente necesitaba doblegarse, pues se trataba de una necesidad espiritual básica, y para eso iban a su consulta, especialmente las mujeres.

Dios, los jefes, la familia, o la moda, estaban también ahí con el fin de someternos, pues nunca seríamos libres, ya que no teníamos la conciencia tranquila.

Éramos animales carnívoros, y no lo llevábamos nada bien.

Para eso necesitábamos creer en el absoluto, el que absolvía, el juez supremo.

La palabra venía del latín solvo, que significaba soltar.

La cuestión es que como nadie se encontraba libre de pecado, el ser humano se había inventado un ser supremo capaz de liberarlo de sus culpas.

Se trataba de un concepto religioso, pero también el lenguaje filosófico era capaz de manejar esas abstracciones, lo cual hacía elevarse a los filósofos, como a los prelados, por encima de sus congéneres.

Por eso le gustaba su profesión, ya que hacía hasta que su piel oscura se aclarara a ojos de los demás con tal sólo nombrar a Spinoza, Descartes, Hegel o Kant.

Y es que todos aquellos grandes filósofos se habían ocupado de lo más elevado, contagiándose sin duda de su pureza.

Sin embargo nunca llegaban a ponerse de acuerdo entre sí.

Si para Descartes y Spinoza el absoluto era una sustancia, para Kant consistía en una idea y para Hegel en un sujeto trascendental.

Eso quería decir que con el transcurso del tiempo se tendía a personificar a Dios más y más, pasando de lo abstracto a lo concreto.

De ahí el nihilismo, transformado en narcisismo absoluto, que en lugar de unirnos, como las religiones, nos separaba cada vez más.

Por eso quizás el arte, tratando de liberarnos, había pasado de la concreción a la abstracción.

En realidad esa idea era de Mónica, que sin haber estudiado filosofía, osaba hablar del absoluto como sinónimo de amor.

Había quedado esa tarde con ella, y pensaba seducirla.

La tengo en el bote, se dice sonriendo arrogante frente al espejo.



Mario está a punto de llorar.

Acababa de llegar a Atocha en el tren.

Le hubiera gustado regresar a su casa, meterse en la cama y ser arrullado por su madre como cuando era niño.

Las madres eran las únicas que podían consolarlo a uno cuando se encontraba en un estado tan lamentable como él en esos momentos.

Pero mamá ya le había abandonado para siempre, como Mireya, al parecer.

Al menos había quedado con Mónica, una chica comprometida e inteligente, así que no era cuestión de echarse atrás.

Aunque a decir verdad, ni siquiera le atraía.

Mireya sí que le volvía literalmente loco, y de ahí que hubiera perdido la razón, e incluso las ganas de vivir.

Justo allí, en el lugar del atentado más cruento de la historia de España, habría sido capaz de echarse a las vías para ser arrollado por un tren.

Y es que se habían encontrado en la estación de Ciempozuelos.

Con su melena resplandeciente brillando bajo el sol, sus preciosos ojos verdes, y su piel tan blanca...

Le recordaba a la leche y le daban ganas de comérsela.

Le volvía caníbal, haciéndole perder la razón.

¿Sería eso amor o deseo?

La cuestión es que también se dirigía a la manifestación, pero con otro chico.

Iban de la mano, y se lo había presentado como si tal cosa.

¿Acaso no había recibido el mensaje que le había enviado antes de irse a dormir?

Ni que lo hiciera adrede, para torturarlo.

Dentro de él se encontraba una especie de fiera llena de rabia.

Hubiera asesinado a aquel intruso.

Sentía como si le arrebataran algo que le pertenecía.

La propiedad privada...

Cómo demonios iba a terminarse con ella en el mundo si para empezar las mujeres eran codiciadas por sus congéneres masculinos como tal.

Y es que de no ser así, de no poner coto a su libertad, hoy estaban con uno y mañana se iban con otro.

Eso no podía ser.

Sentía pensar de un modo tan conservador, pero luego no era de extrañar que las personas se volvieran locas y acabaran matando a su pareja.

Lo cierto es que comprendía a Althusser, su ídolo, su pensador marxista favorito, porque en ese instante él también sentía deseos de estrangular a Mireya.

Esa dulce flor, tan frágil...

Destruírla, desojarla, le parecía justo, pues para eso su precioso falo la había desflorado.

Entonces, qué sentido tenía hacer el amor.

Para qué servía, si luego ella podía acostarse con otro, como si los hombres supusieran para las mujeres penes intercambiables.

Lo cierto es que si Ángel supiera lo que pensaba en ese momento, le hubiera demandado frente a su sagrado tribunal de la igualdad.

Pues más valía que existiera aún la inquisición.

Porque si a las mujeres se les permitía la misma libertad que a los hombres, al igual que ellos, reproduciendo la conducta masculina, se iban con cualquiera.

Con tanto liberalismo económico-sexual, las cosas van a acabar muy mal, piensa a punto de echarse a llorar.

Mario vuelve a casa observando el paisaje urbano del sur de la ciudad como si lo hubiera visto por primera vez.

Preferirá el confort del hogar a pasar las noches siguientes en una tienda de campaña como manera de conmocionar a la opinión pública, y sobre todo a la clase proletaria actual convertida en consumidores sin conciencia, carentes de moral y de sentimientos afectivos.

Como aquella tarde todos sus conocidos y compañeros intelectuales se mostrarán fríos con él, se encerrará aún más en la soledad de una filosofía marxista que supondrá para él un callejón sin salida.

En la asociación comunista a la que pertenecía faltarán libros y dinero, y las sospechas recaerán sobre él.

Su aspecto se volverá cada vez más gris, y aunque continuará con su tesis e incluso dando clases esporádicamente, los alumnos jóvenes de su facultad le apodarán “el filósofo amargado”.

Todo aquello que sus compañeros le recomendarán, creyendo que podría mejorar no sólo su filosofía, sino su estado de ánimo; no servirá para nada.

Grandes filósofos como Epicuro, permanecerán desconocidos para él.

También Rancière, precisamente el joven que desafió el poder del gran Althusser, al que él sin embargo se empeñará en consagrar toda su juventud.

Ese verdadero pensador estará presente en todos los cambios de mentalidad y en cada una de las insurrecciones políticas de los próximos años.

De hecho ya en aquel 15 de mayo, y a partir de él, podrá escucharse el eco de sus palabras visionarias, pues se tratará de uno de los pocos capaces de detenerse a pensar en vez de dejarse arrastrar por la corriente, con el fin de ganar tiempo como si se tratara de oro.

Tampoco se ocupará jamás, por principios claramente machistas, de la obra de ninguna filósofa.

Disfrutar del conocimiento de la razón poética de María Zambrano le hubiera mejorado el carácter.

Pero nunca, tan ocupado por la filosofía proletaria actual, tendrá tiempo que perder con asuntos femeninos.

Conocerá a mujeres inteligentes, pero que en el fondo no le interesarán en absoluto y acabarán desapariendo de su vida.

Querrá casarse al llegar a los cuarenta, pero no encontrará con quién, ya que no será atractivo, ni tendrá dinero, ni coche.

Como ahora, pero cada vez de manera más vergonzosa, hasta las más decentes y de buena familia se venderán como ganado en las ferias para procrear.

Los hombres también las tratarán como tal.

Pero el que carezca de bienes, como él, tendrá que conformarse con las que se ofrecen a todos como sucedáneo a través de las pantallas.

Es decir, la cuestión del futuro será ver y no tocar, hablar y no ser escuchado, y en su caso escribirá para no ser leído.

Al menos conseguirá, con tanto sacrificio, obtener un henchido currículum, pues el gallo intelectual no dejará de inflarse y cantar ufano el resto de su vida.

El problema es las gallinas cluecas españolas descubrirán rápidamente sus orígenes mestizos y se negarán a sacrificar su vida para traer al mundo a un piel oscura.

Por suerte encontrará trabajo como profesor en Perú, y allí será considerado un genio.

Se casará con una mujer relativamente rica, publicará libros y, sintiéndose incomprendido en España, no regresará hasta la muerte de su padre.

Y entonces observa el paisaje desde el tren como si lo viera por primera vez.